

# MIRET MAGDALENA

**LOS OBISPOS - I** La Asamblea Episcopal francesa ha sido sorprendente. Durante la semana del 2 al 9 de noviembre se han reunido los ciento veintidós Obispos franceses y sus tres Cardenales para tratar de los problemas del cristianismo en Francia.

Los dos periódicos que mejor han informado, «Le Figaro» y «Le Monde», han calificado esta reunión de Obispos de «una nueva etapa» («Le Figaro»), y de «hombres nuevos y nuevo estilo» («Le Monde»).

La sorpresa ha sido grande, porque los Obispos han ido, en varias cuestiones y planteamientos, más allá que la mayoría de los teólogos franceses, que se estaban quedando retrasados respecto a los avances de la teología católica en otros países.

Quizá la actitud más valiente ha sido la de elegir a seis Obispos, de entre los más jóvenes y discutidos, para que fuesen los ponentes de los temas principales, de carácter doctrinal, que se han expuesto a la Asamblea. Y han sido dirigidos por el discutido Obispo de Metz, Monseñor Schmitt, uno de los prelados más atacados por los ambientes católicos ultra-conservadores, a quien han llegado a acusar de herejía —más o menos veladamente—, como se insinúa, por ejemplo, en la famosa Revista Integrista «Itinéraires».

Otra novedad ha sido la participación de tres seculares en punta, elegidos entre los dirigentes de los Movimientos de Apostolado, para exponer sus puntos de vista a la Asamblea, entre los que ha destacado especialmente la estudiante de Medicina —en la especialidad de psiquiatría— Monique Chesnais, a la que no le han faltado palabras duras y críticas con respecto al planteamiento de la fe en muchos creyentes de los que se llaman tradicionales.

También han participado, por primera vez en la historia de estas Asambleas, seis superiores de órdenes religiosas, entre los que se cuenta el avanzado jesuita, especialista en cuestiones sociales, Padre Yves Calvez.

Sería falso, sin embargo, creer que la Comisión Permanente del Episcopado, al tener este gesto de apertura valiente eligiendo a estos Obispos, es progresista en el sentido corriente de la palabra, que se usa para designar a los ambientes católicos super-avanzados. Estos Obispos son ante todo pastores, y se cuidan por eso de los problemas de los hombres de su tiempo, lo mismo creyentes que no-creyentes, y por ello quieren, ante todo, percatarse de la realidad que les rodea, sin temores ni prevenciones contra los peligros imaginarios que sospechan siempre los conservadores.

Estos Obispos son de los que todos los católicos sinceros, sean más o menos abiertos, desean; y su característica es, sobre todo, el realismo.

Ante la avalancha de críticas que el Episcopado francés, y, sobre todo, los Prelados más avanzados estaban sufriendo de parte de los conservadores, han sabido mantener la serenidad y ese «buen humor» que pedía el Arzobispo de París, Monseñor Marty, a toda la Asamblea Episcopal al comenzar sus sesiones, para evitar ese dramatismo un poco trágico con que se plantean a veces los cambios que ha traído el mundo actual.

Hoy, que nos quejamos, con razón, muchos católicos de la falta de realismo de ciertos Obispos, también podemos decir que existen —y ahí están los franceses— los que, inquietos de conciencia, se plantean, con total seriedad y rigor, la pregunta clave que se hacen muchos hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, en el mundo de hoy: ¿Es el Evangelio un mensaje para todos los tiempos?

Porque si nuestra época, como recordaba hace poco el Cardenal negro Rugambwa, está caracterizada por el sentido crítico, la autonomía de la persona humana y el deseo de participación del pueblo en todo, los creyentes tenemos que plantearnos, con total sinceridad, la cuestión que me preguntaba en el párrafo anterior, y llegar a sus últimas consecuencias, aceptando noblemente esas características de nuestro tiempo.

Porque si el Evangelio es de verdad para todos los tiempos, y debe ser comprendido por todas las épocas, siendo para toda clase de hombres y culturas, también debe serlo para la nuestra y servir de orientación y estímulo y nunca de freno ni alienación. Y la Iglesia tendrá, por tanto, que aceptar sin reticencia alguna la crítica, la libertad personal y la participación popular, o corresponsabilidad de todos, como dice en su último libro el Cardenal Suenens.

Hace unos días daba yo una conferencia en un Colegio Mayor y, al terminar la misma, me preguntó uno de los universitarios asistentes: «La Iglesia, ¿es alienante o no lo es?». Y tuve que contestarle, con total franqueza —siguiendo en esto la Constitución sobre la Iglesia del Vaticano II—, que nuestra Iglesia es «santa, al mismo tiempo que necesitada de constante purificación». Por eso es a la vez alienante y no-alienante, y en unas épocas se intensifica el factor negativo, cuando en otras se manifiesta más lo positivo y desarrollador del ser humano. Para nadie es ningún misterio histórico que el siglo XIX y los comienzos del XX fueron en buena parte alienantes, y en cambio ahora estamos en una fase de desalienación evidente, aunque con todas las dificultades, tensiones y luchas propias de esta difícil superación de la rutina en ideas y costumbres y de la comodidad egoísta que nos envuelve.

El año que viene están los Obispos decididos, en el vecino país, a escuchar respetuosamente los testimonios personales de algunos no-creyentes y ateos, para vivir con mayor realismo el mundo actual y sus problemas, dando con ello un nuevo y ejemplar paso adelante.

El único peligro de estos nuevos modos es la posible tentación de oportunismo que algunos podrían ver en estas abiertas posturas. Pero si lo que nosotros intentamos es un sincero y gigantesco examen de conciencia, haciendo esa necesaria auto-crítica que nos libera de los elementos retardatarios que se incluyen en nuestras enseñanzas cristianas, falseando el Evangelio, estamos en vías de liberación. Como lo están estos Obispos franceses que se encontraban ante una delicada y difícil situación: la de cómo contentar a Roma y al mismo tiempo al pueblo creyente.

Y esta dificultad se hacía presente al máximo en la postura a adoptar por este Episcopado —uno de los más importantes del mundo católico— respecto a la encíclica de la natalidad «Humanae Vitae». Y, aunque esto parezca imposible, ha sabido acertar, con fórmulas claras y al mismo tiempo suficientemente satisfactorias para los moderados y los avanzados, aunque algunos crean —como dice H. Fesquet— que ciertos católicos, poco escrupulosos moralmente, abusarán de la comprensión y respeto hacia la conciencia personal que han mostrado los Obispos franceses. Quien lea despacio el documento de este Episcopado sobre el control de natalidad, se encontrará con un planteamiento realista, aunque partiendo de los principios indicados en la encíclica de Pablo VI; pero sabe sacar de ellos la máxima utilización, de tal modo que si no es leído este documento episcopal con ojos sencillos podría uno preguntarse —como hace con suma discreción el Padre M. Riquet, S. J.— si no se trata de un retorno a esa casuística, tan execrada en los últimos tiempos, que discutía siempre cuestiones bizantinas situadas en ese difícil equilibrio que se obtendría apoyando un objeto en la punta de una aguja.

Sin embargo, creo yo que la satisfacción de Roma, expresada claramente a la vista de las decisiones de la Asamblea francesa de Obispos, se debe a que ha sabido matizar con mayor realismo, en sus palabras y en sus conceptos, lo que probablemente quiso el Papa Pablo VI con su encíclica, y no siempre consiguió, porque dio la impresión de excesiva rigidez en las aplicaciones y excesiva dureza en la consideración de la situación real de muchos hogares en el mundo de hoy.

Por su realismo, su valentía y su respeto a las conciencias, hay que confesar —como ha dicho un portavoz del Vaticano— que la «Iglesia de Francia es un ejemplo para el pueblo de Dios».